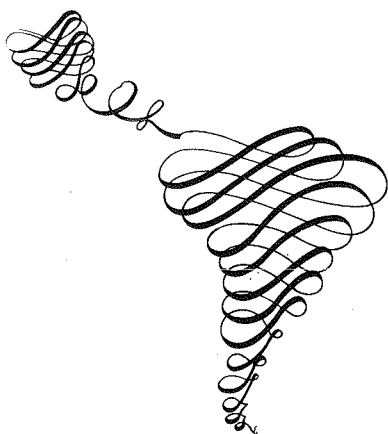




El porqué de este número

NO requiere larga explicación el «porqué» de este número sobre América Latina en octubre de 1992. Esta revista, fundada en 1901, lleva por subtítulo el de «Revista Hispanoamericana de Cultura». En ocasión no lejana hemos reafirmado nuestro deseo de ver incrementada la presencia de América Latina en nuestras páginas. El deseo sigue vivo —queremos ser fieles a los orígenes— aunque la realidad pueda a veces quedar rezagada de nuestras intenciones.

Si no hay que justificar a nuestros lectores el «porqué», quizá no sean inútiles algunas explicaciones del «cómo» de algunas características de este número monográfico.

Este número, más voluminoso que el resto de los números mensuales, se ha concentrado en la América Latina de los últimos treinta años. Pretender abarcar los últimos quinientos años, nos hubiese obligado a mantenernos en consideraciones demasiado generales, que habrían rozado o caído en el tópico. Nos hemos limitado por ello al pasado inmediato. Está cerca y muchos de nuestros lectores lo han seguido con una cierta curiosidad, cuando no con viva preocupación. Además, en estos tres decenios se han producido cambios

fuertes en América Latina. Focalizar la atención sobre estos años es una forma de acercarnos con respeto y deseo de objetividad al presente. No pocas sacudidas políticas y no pequeños problemas actuales colocan ante nosotros un adusto telón de fondo que cerrará el camino a todo fácil gloriosismo.

Hemos elegido —nos alegraría haber acertado— una perspectiva preferentemente sociológica. Dejar hablar a la realidad por sí misma, en cuanto es posible, en lugar de hacerle decir nuestras ideas o prejuicios.

*De América Latina, como de tantas otras realidades, complejas y dolorosas, no se puede hablar desde una pretendida asepsia neutral. Un reconocido antropólogo peruano-español, Manuel Marzal, sintetiza lúcidamente algunas de las actitudes más significadas ante el V Centenario. Un primer enfoque habla de **Descubrimiento civilizatorio**. Los indígenas de América serían simplemente, cuasi salvajes por civilizar y seres humanos por evangelizar. Esta actitud, que enlaza sin fisuras con la celebración en 1892 del IV Centenario, olvida que 1492 no es sólo un descubrimiento, sino también inicio de actuaciones españolas que no tienen justificación posible. Las Casas y los discípulos de la escuela de Salamanca destapan, muy tempranamente, llagas sangrantes en el cuerpo de una tierra joven. Un segundo enfoque posible concibe 1492 como el **encuentro de dos mundos**. El resultado, con sus luces y sombras, sería la formación de una población mestiza, racial o culturalmente, que es la inmensa mayoría de los que viven en América Latina y que es diferente a la población de otras partes del mundo, colonizadas en su día por países europeos no ibéricos. Esta postura habría quedado recogida en un monolito de la Plaza de las Tres Culturas de la ciudad de México: «13 de agosto de 1521, heroicamente defendida por Cuauhtemoc, cayó Tenochtitlán en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota, fue el nacimiento doloroso de un pueblo mestizo que es el México de hoy». Si España «hispanizó» a América, América «americanizó» a España. El V Centenario debería concretarse en actos de «reconocimiento», tomando conciencia del patrimonio común. Una tercera actitud ante el V Centenario habla de **desencuentro**. Los indígenas fueron conquistados en un primer encuentro y explotados después en su historia. En este caso el V Centenario no puede ser celebrado de ninguna manera. Únicamente recordado, si es ocasión para que España y la Iglesia se sometan unilateralmente a algún rito penitencial de confesión de culpa y petición de perdón. La cuarta postura va más allá y habla exclusivamente de **genocidio** o **etnocidio**. Para ellos, el V Centenario*

tendría que consistir en una contra-celebración, expresada en ritos contestatarios.

Cada una de estas posturas tiene su parte de verdad. Los autores de las diversas colaboraciones de este número han gozado de plena libertad para exponer su visión de cada tema. Nos parece que, en conjunto, los artículos de este número especial de RAZON Y FE se vertebran tomando como eje la que señala Marzal como segunda de las actitudes: encuentro de dos mundos. De este proceso colonial ibérico nació un mundo, «mestizo de todas las sangres».

Hay cuestiones del pasado o del presente, significativas e importantes, que no han quedado recogidas en este número. En algunos casos lo habíamos intentado expresamente. Hasta ahora no lo hemos conseguido. No se ha hablado de las «reducciones» jesuíticas en América Latina ni de la corriente de hispanoamericanismo representada entre otros por Ramiro de Maeztu, ni de aquellos redactores y colaboradores de RAZON Y FE que estudiaron con gran dedicación la historia de América Latina. Permítasenos mencionar a los padres Leturia, Bayle, Mateos, Batllori. Otros problemas importantes del momento actual latinoamericano —los indios, el narcotráfico, la democracia en tierras altas (Perú, Bolivia, Ecuador)— no han quedado fuera de nuestra preocupación aunque todavía no hayan llegado a estas páginas. Esta confesión de nuestros límites quiere dar cuenta, que no justificar, algunos de nuestros silencios.

A este número ha querido unirse, expresamente y de forma muy especial la Universidad Pontificia Comillas. También esta institución nació, hace ahora un siglo, con una vocación de servicio a los pueblos de América Latina y desea profundizar ese servicio en el momento actual. Y en este capítulo hacemos constar nuestro agradecimiento al profesor J. M. Pérez-Prendes, catedrático de la Universidad Complutense, por su muy estimable colaboración en el planteamiento de este número monográfico.

Todo recuerdo del pasado nos enfrenta inevitablemente al futuro. Desde estas páginas, que el lector enjuiciará en sus aportaciones y sus carencias, renovamos nuestra intención de coherencia con nuestro subtítulo («Revista hispanoamericana»), de presencia en el mundo de América Latina y de servicio a nuestros lectores.

El director